

## INTERNADOS

---

El problema que plantea el solo enunciado de internados es complejo y presenta al educador gran número de cuestiones, algunas de difícil solución. El asunto no es nuevo; ha preocupado á los pedagogos del viejo mundo, y aun los menos partidarios del internado se han rendido ante la necesidad.

Entre nosotros no han faltado iniciativas, que desgraciadamente no se han convertido en realidades, y cuando parecía que las cosas pasaban de simples proyectos ó bellas aspiraciones, un cambio ministerial motivaba el abandono de lo ya adelantado. Por otra parte, entre nosotros existe la manía de economizar en la instrucción pública y en toda iniciativa al respecto casi siempre se ha tropezado con la cuestión económica, como obstáculo insalvable, esperando sin duda que la filantropía individual se pronuncie en un asunto en que se juega hasta nuestro futuro como pueblo. No es suficiente que se dediquen unos cuantos pesos para que los chicos aprendan á leer, escribir, canten himnos, usen escarapelas y oigan relatos heroicos de nuestra historia, para que con ellos nos demos por satisfechos y creamos infantilmente que así formamos nuestra nacionalidad. No, hay que ir más á fondo, es necesario la formación de una cultura propia que amalgame en una aspiración honda, sincera y nacional tantas tendencias divergentes por su origen. El mal es general, se lo siente en la escuela primaria, en la secundaria . . . y por qué no decirlo? hasta en la universitaria. Nuestros directores en la segunda enseñanza se han preocupado constantemente de la parte intelectual de nuestros jóvenes, descuidando ó relegando á segundo término la parte ética, creyendo seguramente que con un curso teórico de moral cívica y unas cuantas horas de ejercicio físico era lo suficiente para conseguir el fin propuesto: la formación del hombre ciudadano que la República necesita. El actual Director de Enseñanza Secundaria parece que se hubiese hecho cargo de esta necesidad sentida, al incluir entre los temas á tratar en el próximo Congreso Pedagógico de Córdoba, el internado. Y no podía ser de otra manera, porque nada conseguiremos con nuestro sistema de *externados* en que el alumno permanece en los colegios solo el tiempo indispensable para poder atender la parte intelectual, dejando á los padres la parte principal de la enseñanza, la formación del hombre físico-moral. Desde luego, que los hogares

del viejo mundo, como nuestros antiguos hogares, pueden dar en parte esta educación, porque ellos son el producto de muchas generaciones que han marchado siempre respetando las costumbres de sus mayores. Pero en un país como el nuestro, de inmigración, tiene que resentirse la aspiración justísima de formar una masa ciudadana de hombres probos que hagan un culto de la nobleza de carácter. No es posible con hogares formados al acaso, donde no existen los vínculos de la tradición que obliga á los individuos á proceder en cierta forma, donde solo se aspira á la riqueza, con ideas confusas de moralidad, cuando se las tiene, con individuos que por su propia idiosincrasia son incapaces de mantener su autoridad sobre sus hijos, no es posible, decimos, con estas células sociales amorfas y que chocan entre sí, formar una masa orgánica, mientras solo cuidemos de la faz intelectual de la enseñanza y no le demos una orientación fija á una educación integral. Este defecto en la enseñanza se nota con caracteres más definidos en las provincias del litoral, en donde la inmigración ha acudido con un contingente tan grande que va haciendo desaparecer nuestras viejas costumbres. No pasa igual cosa en las provincias mediterráneas en que la inmigración siendo más escasa, es absorbida en absoluto y en que los núcleos sociales mantienen una organización que les permite sostener la autoridad del padre sobre sus hijos y de la sociedad sobre las familias.

Bien pues, y volviendo á nuestro objeto, creemos que la enseñanza que debe darse entre nosotros debe ser, ya lo hemos dicho, integral: física, moral é intelectual. Hasta ahora hemos formado pequeños enciclopedistas, inhábiles para todo fin útil, sin preocuparnos de formar el carácter de nuestros futuros jefes de familia, de manera que nuestros nietos respiren un ambiente de moralidad, de justeza en los juicios y de probidad en las costumbres. Hoy por hoy, más de uno de los que se dedican á la enseñanza habrán tenido oportunidad de observar jóvenes de inteligencia luminosa y sana y á la par una flojedad moral que los ha llevado al abandono de sí mismos y en consecuencia al fracaso en la vida y los han visto pasar con lástima ya que no les era dable á los profesores corregir ó suplir las deficiencias del hogar, subordinando desde un principio la enseñanza intelectual á la educación de la conciencia y de la voluntad. Viene á ser en estos casos, dice Förster, la enseñanza puramente intelectual, lo que la linterna sorda para el ladrón, que alumbra la senda que conduce al placer de todas las pasiones. Este unilateralismo de la educación que tanto preocupa á las naciones viejas y que tantos pensionistas ha dado á las cárceles de menores, es mucho más grave entre nosotros. Se grita contra el analfabetismo y nadie se acuerda de que es más peligroso para la sociedad el individuo inmoral que el ignorante. Entre nosotros no son ya solo los jóvenes de cuna humilde que delinquen, sino también, todo es cuestión de forma, los de alta alcurnia. «Mientras sus libros se cubren de polvo, el joven se hace ubicuo en teatros y paseos, bailes y carreras, coches y automóviles. ¡Naturalmente, aprende á jugar! Parece que la suerte, para desquitarse después con creces,

ayuda á los primerizos. . . Gana en las carreras, gana en la lotería, gana en la sala de juego de un club. . . » (1) y terminaría en la cárcel si no fuera por sus años y su nombre. Y si esto pasa entre gentes que viven en un hogar que tiene tradiciones que guardar, en que la miseria es un mito, ¿qué será entre los que los vínculos familiares son débiles, debido á su propia y defectuosa organización, en que la carestía es la convidada perenne de su mesa?

«Teniendo principalmente presente el grande aumento de la delincuencia entre los menores, dice Trüper, y el soberano desprecio que en la vida pública se tiene á la acción educadora, es de todo punto necesario, que al igual del tratamiento del cuerpo y de la inteligencia, se haga objeto de estudios científicos y de diligentes atenciones el tratamiento del sentido moral de los niños. Al compulsar el valor personal de un niño, no debe atribuirse importancia exclusiva, ni siquiera predominante á las actividades del cuerpo y á la inteligencia, sino que se debe también tener la misma cuenta de la naturaleza moral y hacerla al igual de aquéllas, objeto de la educación».

Nuestro afán del doctorado es una de las muchas causas de nuestra deficiente educación. Nos hemos preocupado de preparar alumnos para las facultades, por una idea errónea del fin de la enseñanza secundaria, que no debe ser otro que el de preparar los jóvenes para luchar en la vida, y hemos dejado de lado todo aquello que no conducía rectamente al título. Pero aun suponiendo que nuestros colegios no tuvieran otro objeto que preparar los jóvenes para las carreras profesionales, no por eso debíamos descuidar la faz moral de la enseñanza. «Cuántos no naufragan en su carrera por carecer del más elemental tacto para tratar con los hombres, porque no han aprendido nunca á ser verdaderamente ordenados y puntuales, y mantener la palabra dada, aunque no conste por escrito, porque no saben obedecer ni mandar, y en fin, porque no se han impuesto bien de que, en resumidas cuentas, es siempre la honradez la mejor política» (2). Sería curioso una estadística de los alumnos que se han inscripto en las universidades nacionales durante los últimos 10 años, saber cuántos de ellos han terminado su carrera, cuántos abandonaron sus estudios y cuántos de los que al terminar se han dedicado realmente á ella. Con toda seguridad que *haciendo hablar á los números* encontraríamos una de las causas de los fracasos, en la falta de educación de la voluntad, porque no se les ha enseñado á gobernarse á sí mismo. «Qué es lo que constituye, en efecto, el valor de un individuo? Lo QUE HA APRENDIDO, ES DECIR, EL NÚMERO DE TÍTULOS QUE POSEA, responderá un latino. Un inglés ó un americano dirán por el contrario, que el valor de un hombre se mide menos por su instrucción que por su carácter, es decir, por su iniciativa, por su espíritu de observación, su juicio y su voluntad. Con tales cualidades, poco importa que el individuo tenga un bagaje científico

(1) C. O. Bunge.—Curso de Derecho Penal.—Vista Fiscal, pág. 322

(2) Förster.—La Escuela y el Carácter, pág. 17.

pequeño. El aprenderá cuando le haga falta todo lo que necesita saber, si no está siempre cierto de llegar á ser algo. El hombre provisto solamente de diplomas mnemónicos no sirve para nada si el Estado no le utiliza en carreras en las cuales, como el trabajo le está perfectamente marcado, no tiene que dar pruebas de la más leve traza de iniciativas, de reflexión, de decisión, ni de voluntad. Toda su vida seguirá siempre siendo un menor al que habrá que dirigir» (1). No parece sino que estas palabras hubieren sido escritas para nosotros, que sentimos el mal hondamente, aquí donde estamos acostumbrados á esperar todo del Estado que nos marca un solo horizonte, con su enseñanza que ha de conducirnos al debilitamiento físico de la raza y moral de la sociedad. Es tiempo ya de que abandonemos este camino por el que no hemos de conseguir, como dice Nelson, sino una sabiduría vana, fría y hostil, porque desde pequeños, la escuela, el colegio, la universidad y el ejemplo de los mayores nos incitan á exhibir la erudición como un dije en vez de utilizarla como un instrumento de servicio mutuo; porque preocupa á muchos la ostentación de lo que saben, más bien que la meditación sobre lo que ignoran, porque el poseedor de talento con frecuencia se aleja del prójimo como si encontrase en sus méritos intelectuales un justificativo de su egolatría...» (2). Nuestra pretensión de formar sabios nos ha llevado á confundir, por un error de conceptos, la erudición con la ciencia y en consecuencia se obliga al estudiante á hacer toda clase de esfuerzos para retener la inmensidad de conocimientos que exigen los programas oficiales y solo se consigue con ello que los alumnos pierdan la afición al trabajo. «Esta estupenda manera de enseñar, supone desde luego la creencia, á todas luces absurda, de que todo lo que se ha aprendido permanece en la memoria. ¡Como si se lograra fijar otras cosas que aquellas con frecuencia repetidas y como si la repetición frecuente pudiera extenderse á toda una indigesta enciclopedia!» (3). Y no es que no veamos el mal de nuestra enseñanza económica, es que estamos atacados de la misma enfermedad que pretendemos curar: de irresolución, de falta de carácter que nos habilite para llevar adelante con constancia la nueva orientación de la enseñanza.



Es indudable que la familia, el medio ambiente que rodea al niño, es su primera y principal escuela para su educación moral. Es allí, en el hogar, en donde el corazón se abre y las costumbres se forman, la inteligencia se despierta y el carácter se amolda para el bien ó para el mal. La manera de ser de la familia, sus modales y su educación, todo reflejará en el niño como en un espejo. La madre

(1) Gustavo Le Bon.—*Psicología de la Educación*, pág. 222.

(2) Ernesto Nelson.—*La Última Barbarie*.

(3) Julio Payot.—*La Educación de la Voluntad*, pág. 294.

es el principal factor de esta educación, y es ella la que, muchas veces sin quererlo, marcará rumbos á la vida de sus hijos. Y es lástima no poder contar con tan poderoso apoyo para la educación de nuestros hijos, ellas solo saben dar, como es lógico, la educación que han recibido y así solo cultivan la parte afectiva y aspiran á que sus hijos sean *buenos*. En ellas se cultivaron solo los sentimientos y la única moral que conocieron fué una moral negativa. Se les ha prohibido siempre en su niñez hacer tal ó cual cosa, pero no se les ha enseñado jamás á obrar por su cuenta, ni han podido dirigirse así mismas sin el auxiliar de una mano protectora. ¿Quién de nuestras madres dejaría tomar el tren á un chico de 10 años y hacer por su cuenta un viaje de Buenos Aires al Rosario ó de Córdoba á La Rioja, Catamarca ó Tucumán? ¿Cuál de nuestras madres obliga á sus hijos á concurrir á los campos de sport: football, tiro, remo, etc., solo y sin vigilancia alguna? La inexperiencia, se dice, puede llevarlos al peligro, pero cuándo adquirirán esa experiencia si nunca se dá comienzo á ella? La madre está contenta, encantada de la educación de sus hijos cuando ha conseguido su casi inmovilidad, cuando ha suprimido en él todo espíritu de iniciativa y así criado y educado en estas ideas es incapaz del menor esfuerzo, carece en absoluto de voluntad y todo lo espera de sus padres. Es que por un sentimiento egoísta y un grave error del concepto de la vida, la madre cría sus hijos para ella, cuando debia prepararlos para ellos mismos y para la sociedad. Hay más. Pudiera creerse que, ya que no se da en nuestros hogares una educación tendiente á formar el carácter, ni se permite el desarrollo de las actividades corporales, pudiera creerse decimos, que por lo menos contribuyen á la parte de la enseñanza entregada á las escuelas, la educación intelectual. Y no es así desgraciadamente; mandan sus hijos á la escuela y se desentienden de ellos, creyendo, sin duda, de que todo debe hacerlo el maestro; los fracasos de sus hijos son culpas de quien enseña. Estos por su parte, para subsanar esta despreocupación de los padres por la educación de sus hijos y hacer posible una enseñanza integral con el auxilio de las familias, han tratado de vincular fuertemente el hogar á la escuela ó colegio: se han fundado asociaciones de padres en varias partes; pero estas asociaciones desaparecían cuando faltaba el maestro ó profesor que las fundaba. Se dan fiestas en que los alumnos toman parte y solo se consigue fomentar la vanidad de algunos en mengua de la de otros. Se hace conocer en los Colegios Nacionales la marcha de los alumnos enviando esquelas á los padres, cuando no, como en el Azul, reuniéndolos en el mismo establecimiento. En fin se ha puesto en práctica cuanto medio ha sido posible para soldar esta unión, siempre con resultado negativo. El padre solo quiere que su hijo *sepa*, en el mejor de los casos, abandonando la parte que á ellos les está reservada en la enseñanza. «La escuela no alcanzará nunca toda su eficacia si los padres no cooperan á ella con toda su fe, si una mala nota en la escuela no es acogida con disgusto por toda la familia, y una nota buena un estímulo de alegría en el hogar. Este sentimiento de unidad entre la



escuela y el hogar es uno de los influjos más enérgicamente antisujestionadores del espíritu en el niño. Su fuerza significa progreso; su ausencia pobre labor. Las buenas escuelas no se construyen con las contribuciones que los padres pagan sino con el respeto por el maestro que implantan en el espíritu de sus hijos» (1).

No siendo, pues, posible conseguir esta ayuda mutua entre el hogar y el colegio, queda librado á las propias fuerzas del profesor el conocimiento psicológico del alumno, conocimiento que es indispensable para poder hacer provechosa toda educación. «Para conseguir éxito, en materia de educación intelectual y moral, dice Senet, se requieren un conocimiento pleno del sujeto y una experimentación y observación constante».

«Al niño se le ha juzgado con un criterio práctico y sentimental, ajeno por completo á toda noción científica. Es así como, midiéndolos con igual cartabón, se ha llegado á legislar para todos con una unilateralidad abrumadora, trazando caminos únicos en una cuestión tan delicada y de tan trascendental importancia para la vida de las colectividades como lo es la educación moral de sus elementos constitutivos». (2) Desde luego con nuestro sistema de internados este conocimiento no es posible con cuatro horas de clase diarias y la diversidad de profesores. Cuando este llega á conocer las fallas intelectuales y morales de sus alumnos pasan á otros cursos en que nuevos profesores comienzan con la misma tarea. El único medio posible, pues, de que se conozca el alumno para modelar su carácter es vivir en contacto con él, observarlo en todos sus actos, cosa imposible de conseguir sin internado en que la vida en común facilite las observaciones para alcanzar el fin propuesto ya que no debemos contar para ello sino muy secundariamente con el auxilio inteligente de las familias.



Nuestros internados particulares, tipo napoleónico, fomentados y dirigidos en su gran mayoría ó por lo menos los más importantes por respetabilísimas congregaciones religiosas, no han dado ni es posible que den la educación que es necesaria para nuestros jóvenes. En parte por defectos mismos del sistema que arrebató á los niños, sacándolos del centro de sus afecciones, sometiéndolos á un severo régimen disciplinario, cuando el internado no debía ser otra cosa que la continuación de la vida de familia que es á su vez preparación para la vida social. Por otro lado, los locales son en su gran mayoría inadecuados, edificios de varios pisos, con patios estrechos en que los alumnos ven el sol rara vez, por la *incorporación* que los obliga á *instruir* antes que *educar* y finalmente, por el espíritu de lucro que es el norte de toda institución privada. En casi todos nuestros internados se come mal, de prisa, en silencio y no se seleccionan los platos de acuerdo con la edad de los educandos, lo

(1) H. Münsterberg. — La Psicología y el Maestro, pág. 381.

(2) Rodolfo Senet. — Evolución Psicológica individual.

que ocasiona digestiones difíciles. Recuerdo de un colegio en que se ordenaba á los profesores que servían las mesas, proceder con la mayor rapidez posible á fin de que no se pasase de los veinte minutos destinados para el almuerzo ó para la cena, calculando de que no quedara intervalo entre un plato y otro, intervalo que los alumnos aprovechaban para comer demasiado pan y el pan estaba caro. Las horas de sueño son mal repartidas y á veces escasas. Hay colegios en que á los alumnos por faltas disciplinarias ó descuido en sus lecciones, se les priva de toda clase de recreos y después de la cena, cuando los mejores se retiran á sus dormitorios, los penitenciados pasan á una gran sala, cuando no al despacho del director y allí permanecen de pie ó de rodillas con los libros en las manos hasta que aprenden la lección que, por la incomodidad y el sueño que apremia á los muchachos, se prolonga hasta las doce de la noche cuando no más, para luego levantarse á las cinco de la mañana, en condiciones, como es lógico suponer, peores que el día anterior para poder cumplir con sus deberes, y las penitencias se van acumulando hasta que llega el momento en que se hace imposible su cumplimiento, y el alumno duerme en las clases, en los estudios y en cualquier sitio que se preste para ello. Otras veces por iguales ó parecidas faltas se obliga á los alumnos á escribir cien, doscientas ó mil veces. «No debo portarme mal en clase» ó «Debo estudiar mis lecciones», etc., según sea la falta que con ello se quiera castigar. ¿Y para qué seguir si está en el ánimo de todos lo absurdo de los sistemas disciplinarios de estos colegios? Lo único que se consigue con ello es debilitar la salud á fuerza de castigos y privaciones, defraudar á los padres en sus aspiraciones y entregar á la sociedad jóvenes cansados de los libros é ineptos para todo. En los pequeños colegios de internos pasa algo peor. Son pequeñas casas inadecuadas para el fin que se les destina en las que si llega haber limpieza, falta aire, luz y sol. El director atiende sobre todo, á no perder sus discípulos y hace como que no vé lo que pasa. Los directores no gozan de gran reputación, los profesores se reclutan, entre los que menos cobren, generalmente extranjeros, no importa lo que puedan saber. El alimento llega hasta donde puede llegar en relaciones con las sumas que las familias satisfacen y pueda resistir el organismo de sus pupilos.

Con nuestro sistema, subsistente más que todo por la necesidad que obliga á las gentes de campo á valerse de ellos para la instrucción de sus hijos por las distancias que les separan de las ciudades en que existen Colegios Nacionales, con este sistema, decimos se convierte cada colegio en un cuartel donde los afectos desaparecen y la simulación hace presa en los chicos, con la costumbre de cruzar los brazos, bajar la vista y á veces besar la mano de sus directores. La moral, punto capitalísimo, se resiente en una forma que llega á ser una plaga social. . . . «En general, dice M. Sainte-Claire, siempre que se reúnen y se obliga á vivir juntos de un modo estrecho á los animales del sexo masculino, se advierte primero, una gran excitación de los instintos de reproducción y luego una

terrible perversión de esos mismos instintos. Colocadles por el contrario, en libertad completa á esos animales destinados á vivir en sociedad y veréis inmediatamente dominar los caracteres normales del animal. . . . . Lo que ocurre en un rebaño pasa también en una reunión de niños varones, sea cual fuere y sea quien quiera que los eduque y aunque esté defendido por la vigilancia más estrecha día y noche. El inconveniente más grave de esos vicios para la sociedad es el desarrollo exagerado de las facultades genésicas, de donde proviene luego el desarreglo y la lujuria. Las consecuencias para la herencia y para la raza son bien manifiestas» (1). Es lógico que así suceda en colegios como los nuestros en que todos los actos, hasta los más insignificantes, están severamente reglamentados, en que el alumno es sometido á largas horas de estudios sentados, en donde el movimiento está proscrito y en medio del conjunto debe sentirse aislado. En una edad en que la imaginación trabaja activamente forjando rosadas novelas, una palabra leída ó una sujestión cualquiera es suficiente para distraer de sus tareas y llevarlo al mundo de las ilusiones y ha de tardar en volver á las realidades de sus fastidiosos libros. Desgraciadamente, las novelas que se forjan y en las cuales se deleitan, son á base de ilusiones voluptuosas, causa ordinario de funestos vicios solitarios, y lo mismo que en los largos estudios, en las horas que sobran del sueño, en nuestras siestas, en que la voluntad se encuentra como derretida, la bestia reina. El sistema claustral no puede darnos la solución de este tan grave problema á no ser el de los monjes antiguos que se azotaban, cuando el deseo hacía peligrar sus virtudes, para establecer el equilibrio de las fuerzas disponibles para gastar. De aquí no hemos de concluir que siendo nuestro sistema de internado una calamidad pública deba suprimírselo, ni hemos de desconocer tampoco la gran utilidad que han prestado al país colegios como el del Uruguay, Monserrat y otros; pero ellos ya han hecho su época, hoy son otras las necesidades que se sienten por nuestra organización política y social, cada vez más divergentes de esos tiempos. Nuestros internados, ya lo hemos dicho, suplen una necesidad sentida y no sería cuerdo buscar el remedio á sus defectos capitales en una orden de clausura cuando no son ellos los responsables de su propia subsistencia. El remedio debe ponerlo el Estado fundando internados de acuerdo con los últimos adelantos de la ciencia, teniendo en cuenta los resultados obtenidos en la práctica por otras naciones, tomando todo aquello que cuadre á nuestra idiosincrasia y así hemos de conseguir seguramente, que las instituciones privadas se orienten por rumbos más en armonía con la necesidad de nuestro progreso.



Veremos ahora aunque rápidamente, los internados de otros países, dejando desde luego á España en que el sistema claustral subsiste

---

(1) M. Guyau.—La Educación y la Herencia, pág. 106.



aun con mucha fuerza, sin desconocer por eso, los afanes de unos cuantos para modificarlo.

En Francia impera en su gran mayoría el tipo de internados creados por Napoleón con fines políticos y á su lado prosperan los institutos particulares de religiosos que atraen una enorme masa de educandos. Los liceos franceses son tan parecidos á nuestros internados en su disciplina, en su reglamentación minuciosa y absurda, que no hay hombre de alguna preparación que no haya clamado contra ellos. Dirigidos por un provisor que en la práctica no es otra cosa que un administrador del liceo, sin autoridad efectiva alguna, desdeñado por los profesores y poco respetado por los alumnos. Por otro lado la uniformidad lo mata todo en la Francia. A la misma hora se acuesta un alumno de un liceo del norte como uno del sud y á la misma hora almorzará ó entrará en recreo, no obstante la diversidad de latitudes y de climas. — Le Bon trae una cita de Pequinat que es un juicio el más concreto y cabal sobre el régimen de los liceos. — «Puedo hablaros del régimen del internado desde el punto de vista material, es un régimen absurdo al primer golpe de vista. Si hacemos cuenta de los momentos en que el alumno está de pie al aire libre, llegamos á un total de dos horas y media. Parece que para seres que están en vías de desarrollo esto es crearles una situación peligrosa, anormal; están dos horas y media al aire libre por cada veinte y cuatro, es demasiado poco. Nuestros paseos de jueves y domingos no tienen interés ni utilidad. El alumno marcha por calles ó por caminos y vuelve fatigado sin provecho para su desarrollo físico. . . . Voy á la cuestión alimentación; es mala porque está mal preparada» (1). Este funesto sistema no ha sido variado aún en la Francia, fundamentalmente. Se han establecido colegios de tipo inglés (Michelet, Lakanal, etc.), hermosos colegios situados en el campo en los parajes pintorescos del país con todas las comodidades y confort necesarios para hacer un liceo modelo, y esos colegios han fracasado, más que todo, por su reglamento igual á los colegios situados en las ciudades, sin las ventajas de estos.

En Inglaterra los colegios de 2ª enseñanza, Harrow, Eton, Rugby, para no citar sino los mejores, son casi todos internados. En Harrow el edificio destinado para las aulas sirve de centro, al rededor del cual se agrupan, formando una verdadera aldea, las casas destinadas para los profesores y los alumnos y un poco más allá se extienden los campos de sport; foot-ball, cricket, etc. Los alumnos confiados á estos establecimientos son distribuídos entre los profesores, en cuya casa vive, come con su maestro, con la mujer de éste y con sus hijos. En una palabra, continua la vida de familia en esta nueva prolongación de su hogar, goza de la misma libertad que antes tenía y como en su casa, continúan aquí obligados á guardar al tutor y su esposa, el mismo respeto y consideración debida á sus padres.

Terminadas sus clases entra, sale, juega, trabaja según le place y cuanto le place. La única regla fija é invariable es la hora de las

(1) Gustavo Le Bon. — Ob. cit., pág. 66.

lecciones, de la comida y la de recogerse. El sistema de los dormitorios varía de un colegio á otro y así mientras en uno se destina una habitación para cada alumno (Eton) en otros se estima dormitorios corridos de capacidad para 10 ó 15 alumnos y donde les es prohibido entrar sino á la hora de dormir.

En estos colegios no se dirigen á la razón del niño como medio de disciplinar. «Los que han estudiado su psicología lo saben perfectamente, y es un grave error el de los que se figuran que los educadores ingleses confían en la razón de sus alumnos. No se dirigen á su razón, base muy frágil, sino exclusivamente á su interés, *substratum* muy sólido sobre el cual se puede edificar sin riesgo. El alumno hace sus trabajos cuando quiere y como quiere. Pero si su trabajo está mal hecho, ha de rehacerlo; si abusa de su libertad y comete una falta grave, se le aplica públicamente el látigo, cualquiera que sea su edad; si no trabaja ó no deja trabajar á los demás, se le despide. Tiene por tanto gran interés de portarse bien y lo comprende en seguida». . . . «El joven inglés, que no está protegido por sus padres ni vigilado por sus profesores en el colegio, llega á formarse de la vida una idea muy diferente de la que poseen nuestros alumnos. Habitado desde su edad juvenil, á no contar con el apoyo ajeno, á dar y recibir golpes, aprende á respetar á los demás, á saber limitar sus deseos y á distinguir claramente lo que le está prohibido y lo que puede hacer. La experiencia le enseña que no se puede tener camaradas ni amigos, sino á condición de sacrificarles en parte su egoísmo, de ceder á la colectividad una parte de su individualidad» (1).

Una crítica se ha hecho á los colegios de Inglaterra: el abuso que se hace de los juegos atléticos. Las principales autoridades universitarias han señalado el mal. Eduardo Littleton dice que los padres y el público han impulsado de un modo tal esos juegos, la muchedumbre asiste á ellos en número tan crecido, que los juegos han llegado á ser la preocupación dominante, casi exclusiva, de una multitud de alumnos. Si un alumno es robusto y hábil, aunque sea el último de los ignorantes, tiene seguridad de alcanzar los triunfos futuros: se convierte en un señor absoluto.

Es verdad que el atletismo, como toda pasión puede llevarnos á excesos deplorables, á la fatiga física tan perniciosa como la intelectual. Pero es también indiscutible que la educación física, que ha sido necesaria en todo tiempo, lo es más hoy en una época en que las condiciones de vida permiten apenas el reposo, en una sociedad condenada á un trabajo cerebral intenso y á veces excesivo. Lo lógico es, pues, mantener un equilibrio prudente entre las actividades que han de servir de base á las virtudes morales.

Veamos lo que pasa en Alemania. «Allí se procura buscar una familia de buena voluntad, bien reputada, que no tenga inconveniente en dar al niño casa y mesa. El niño es recibido como el compañero de los hijos de la casa y tiene su puesto en el hogar;

(1) Gustavo Le Bon.—Ob. cit., págs. 186-192.

todo por una remuneración en ocasiones extraordinariamente pequeña, realmente el huésped no produce un gran aumento de gastos. Alemania practica este sistema desde hace doscientos años, y no piensa renunciar á él: actualmente de mil alumnos que van á los gimnasios, apenas hay ciento que vivan fuera del hogar de una familia, pero como excepción» (1). Este sistema hizo su época entre nosotros cuando las costumbres tenían aun cierto sabor patriarcal y se sigue en ciertas provincias del interior, donde se envían los hijos de padres residentes en la campaña á casa de sus parientes ó amigos de la ciudad, mediante una retribución.

En Estados Unidos se han inspirado en el sistema inglés y en el alemán y así encontramos colegios como los ingleses sin variaciones fundamentales saturado de una disciplina que se inspira en una coherente dirección democrática. Es lo más resaltante de la educación americana, el afán que ponen porque los niños consigan con el tiempo los requisitos cívicos-morales que exige su forma democrática de gobierno y así han llegado hasta convertir la escuela en un pequeño estado, con asambleas de las cuales emanan las leyes, eligen sus representantes, magistrados, etc. Entre nosotros no han faltado quienes ensayaran este sistema de la república escolar ó como lo llaman ellos *schoolcity-system*, tanto en la escuela primaria como en la secundaria y creemos que con deplorables resultados, no sabemos si porque el sistema no es adaptable á nuestra manera de ser, que es lo posible, ó por falta de comprensión de los ejecutores.



El ensayo más acabado y completo que se ha hecho del sistema tutorial entre nosotros, es el de La Plata fundado en 1910 y dependiente de la Universidad de la misma ciudad.

En un parque de 180.000 m<sup>2</sup> se encuentra el edificio destinado para clases, el Pabellón de Física y Química y los dos edificios destinados para los internados. Cada uno de estos tiene capacidad para 32 alumnos. Los dormitorios se dividen en departamentos compuestos de 2 habitaciones dormitorios, una salita para estudios ó conversación y un cuarto de baño. Todo esto con el máximo de confort é higiene. El comedor está instalado en un gran salón de 12 m. X 8 m. con cinco mesas con capacidad para 8 alumnos cada una. La disposición y el mueblaje responde al criterio que rige al conjunto; sencillo, elegante, fuerte y cómodo. Concurren al comedor con los alumnos todas las visitas que llegan al internado, de tal modo que en el tiempo que lleva de vida, los jóvenes alumnos han tenido oportunidad de compartir su alegre mesa, con un buen número personalidades del país y extranjeras. Una comisión de alumnos dirige y cuida la biblioteca del internado que cuenta ya con 1.000 volúmenes. Después vienen las habitaciones

---

(1) M. M. Breal. — Cit. por M. Guyau, ob. cit., pág. 113.

destinadas para el tutor y su familia, su despacho, sala de recibos etcétera. No se ha descuidado como es lógico lo relativo á ejercicios físicos y los alumnos disponen de canchas de pelota, football, cricket, pileta de natación y sala de esgrima y box. No obstante ser gemelos los dos edificios destinados para internados, hay sus diferencias de uno á otro en la distribución, como la hay en el régimen interno de cada uno. En este establecimiento los alumnos gozan de una completa libertad, trabajan cuando lo creen conveniente, salvo la asistencia á clase que es obligatoria. Los castigos están desterrados y se recurre en cambio á la persuasión por el consejo, indicaciones, estímulos, etc., y finalmente si la reacción no se opera por estos medios se recurre á la expulsión, durante el mismo curso ó lo que es más frecuente al fin de él. En la sección que dirige el Sr. Nelson la libertad de que goza el alumno es mayor aún y los mismos pequeños se gobiernan al estilo yanqui. Transcribimos á continuación el horario que rige en la sección de que es tutor el Dr. Segundo J. Thighi hombre preparadísimo en estas cosas.

- 7,35 a. m. desayuno.
- 8 » » clases hasta las once.
- 12 » » almuerzo.
- 2 p. m. clases. Tres días semanales tienen la tarde libre, las otras las emplean en los laboratorios.
- 4 » » té.
- 7 » » cena.
- 9 » » en invierno y 10 en verano deben retirarse á sus respectivos departamentos dentro de los cuales pueden quedarse estudiando ó escribiendo.



El paso de un régimen disciplinario á otro debe ser paulatino y progresivo. Acostumbrados como estamos con nuestros internados á una disciplina externa rígida y severa no podemos pasar provechosamente y de una manera brusca á la libertad amplia que se concede en este ensayo. Nuestro ideal de formar hombres que sean capaces de gobernarse á sí mismos, que posean una disciplina interna que les permita dominarse, no lo conseguiremos con la libertad absoluta hasta que esta disciplina no sea el fruto de la herencia. La disciplina externa, mínima en su reglamentación, debe crear la interna, sin que por ello lleguemos al otro extremo ni pretender que la pura y minuciosa reglamentación pueda reemplazar esta falta de disciplina interna y podríamos agregar con Le Bon, «que la disciplina que no tiene más sostén que el miedo á las leyes, nunca es segura, y una sociedad que no reposa sino sobre el gendarme nunca está muy sólida». Este autogobierno ha de venir de fuera para dentro, hasta que se convierta en hábito para luego poder fijarlo por la herencia y cuando lo hayamos conseguido lógicamente, las reglamentaciones estarán demás y caerán como todas las cosas que no tienen utilidad práctica alguna.

Creemos en consecuencia, que debemos colocarnos por lo pronto en un término medio entre el absolutismo de los viejos internados y la amplia libertad de los nuevos para no exponernos al fracaso de una concepción puramente ideal. El sistema tutorial inglés, es indudablemente muy bueno, por lo que debemos amoldarlo en lo posible á nuestras costumbres, de manera que sin variar lo fundamental, la idea madre diríamos así, de hacer del colegio una continuación del hogar como un medio para la formación del hombre físico, intelectual y moral, podría introducirse modificaciones en el régimen interno, ya que nuestros hogares no son los ingleses, ni nuestro temperamento es el de ellos, que hagan menos violento el trasplante. Y sí, creemos que como en los internados ingleses, la hora de levantarse, del desayuno, almuerzo, cena y recogerse debe ser uniforme y obligatorio para todos, como debe ser obligatorio al levantarse el baño diario. Los alumnos no tienen á que entrar á los dormitorios sino á las horas destinadas para el sueño, horas que deben ser bien calculadas, para evitar que los alumnos permanezcan despiertos en sus lechos. Por otro lado creemos que el número de alumnos confiado á cada tutor es excesivo, no debía ser mayor de 15 para que pueda hacerse eficaz la enseñanza. En cuanto á la parte disciplinaria no debemos olvidar que la obediencia y el respeto es la base de todo sistema disciplinario lo mismo en un colegio que en la familia. La imitación, la sugestión, el prestigio, el ejemplo, el estímulo son procedimientos de primer orden sin que por ello dejemos de lado los castigos. El abuso que hagan los alumnos de la libertad que se les concede, debe ser castigado con la suspensión temporaria de esa misma libertad para que así aprenda lo mucho que le interesa portarse bien. La expulsión, si bien no debe abusarse de ella, es un remedio heroico de grande enseñanza para los alumnos que quedan y el único medio de evitar la propagación de ciertos males. La intervención de la esposa del tutor debe ser directa dentro del internado, debe ejercer una autoridad real y positiva y no olvidar jamás que su misión es de madre para esos pequeños. Los celadores no deben ser otra cosa que los hermanos mayores de los educandos, lo que hace necesario mucho tacto para su elección. La ubicación del internado al costado de La Plata no es indudable el ideal que se persigue para estas clases de instituciones que exigen el alejamiento de los grandes centros poblados, parajes altos, pintorescos, etc.; pero se nos ocurre que la elección ha sido bien hecha, dada la repugnancia que sienten nuestras familias de la ciudad para enviar sus hijos al campo, seguramente por el temor de que las crudezas del invierno pueda enfermarlos ó por la costumbre de la visita semanal que se hace molesta cuando no difícil. Por otra parte las grandes ciudades son centros de atracción para las gentes de la campaña y preferirán siempre mandar sus hijos á los colegios próximos á ellas ya sea porque el brillo los deslumbró ó porque no se dan cuenta del peligro de las ciudades. Y esto no es un mal que solo se siente aquí; en Francia ocurre exactamente lo mismo, no solo con liceos de tipo inglés, como Michelet, Lakanal, etc., sino también con otros sostenidos por congregaciones religiosas, am-



bos tienen que luchar constantemente con la falta de alumnos, por el hecho de estar situados en el campo, y no obstante son colegios de primer orden. Estas ligeras observaciones que me sugiere el ensayo de La Plata son de poca monta indudablemente ante la gran idea del doctor González. Hombres de gran preparación y de fama mundial han hecho su elogio. Don Adolfo Posada al hablar en su libro « La República Argentina », de la Universidad de La Plata dice que « los internados *abiertos* como los define González, representan, á mi juicio, el triunfo más legítimo, el éxito más merecido — de pedagogía y de acción ética—de la Universidad, además de revelar el alto sentido político con que la acción universitaria es llevada » (1). No hace mucho tiempo aún, que el célebre mutualista francés Mabileau solicitaba, en una carta publicada en los diarios, se le reservase una plaza en el internado para su hijo. Es este el mejor elogio que se puede hacer de la institución.

Otro ensayo y en el que la iniciativa privada tan rara entre nosotros, ha dado un alto ejemplo es el colegio Carlos Pellegrini, fundado pura y exclusivamente para dar una enseñanza secundaria que prepare al niño para la vida, sin preocuparse de orientar esta enseñanza hacia la universitaria, cuando hubiese sido fácil dentro del mismo sistema hacer esta conexión necesaria, no porque los fundadores no estuvieran en lo cierto respecto á la finalidad, sino porque como ya hemos dicho, no es posible progresar á saltos. Implantemos primero el sistema y luego poco á poco orientaremos la enseñanza hacia otro norte que las carreras profesionales. Lo repetimos, como ideal es inmejorable y á él debemos llegar con tiempo y sin impacencias.

Después de todo lo expuesto debemos pues concretar nuestro pensamiento, que lo creo suficientemente fundado en las líneas que anteceden:

1º — Siendo imperiosa la necesidad de dar á nuestra juventud una enseñanza integral, física, intelectual y moral, se hace indispensable la fundación de internados.

2º — El sistema tutorial es el que más conviene á nosotros por razones pedagógicas y prácticas.

3º — Deben construirse paulativamente edificios destinados á este objeto cerca de las grandes ciudades prefiriendo los lugares montañosos ó próximos al mar.

4º — Debe darse comienzo por las provincias del litoral, donde la urgencia es mayor.

LISANDRO SALAS,  
Catedrático del Colegio Nacional del Azul.

(1) Adolfo Posada. — La República Argentina, pág. 369.